

# Narices, despilfarro y subvenciones



EL TELESCOPIO

ROMÁN  
PIÑA HOMS

LAS NARICES son las de Artur Mas. El despilfarro es el de todo el país, y las subvenciones son para los clientes agradecidos. Así están las cosas, mientras Felipe de Borbón pide a los políticos «rigor y sentido de Estado». Veamos en primer lugar lo de las narices de Artur. Hoy lunes 12 de septiembre, poco hablaremos del «nombre de María» que celebran miles de mallorquinas, poco igualmente de la Diada mallorquina en manos de Maria Salom, conmemorando la confirmación de nuestras libertades como reino al margen del sucursalismo del norte. En cambio, seguro que se hablará de cómo Artur y los nacionalistas catalanes mostraban ayer sus narices hinchadas, du-

«El despilfarro público presenta caracteres esperpénticos y es de juzgado de guardia»

rante su Diada, haciendo ostensible su rabia hacia el poder judicial del Estado; un poder que con sus sentencias ha sido capaz de exigir algo tan obvio como que se reconozca dentro de Cataluña, al menos en el plano educativo, la paridad entre la lengua nacional española y la propia catalana.

Ya lo dijo mi tío bisabuelo Mariano Aguiló, patriarca del renacimiento literario catalán: «Poble que sa llengua cobra se recobra a sí mateix». Pertenecemos a un contexto familiar sensible a estas cosas. El asunto de la lengua no es cosa baladí, pero veamos: lo que hoy hincha las narices de muchos catalanes, no es perder su lengua o estar en trance de no recobrarla, sino el tener que compartir su enseñanza y uso con la nacional de un Estado en el que vienen encontrándose permanentemente incómodos. Durante siglos desearon aprender y utilizar su lengua en libertad. Pero hoy, con una libertad lingüística

que jamás tuvieron en el contexto de la monarquía hispánica, lo que desean es impedir que se ejerzan la libertad y los derechos lingüísticos del resto de los españoles en el viejo Principado. ¿Tendrá arreglo su cabreo? Temo que no. Nace de la visceralidad, en absoluto del sentido común. Henry Kamen, en un magnífico artículo publicado días pasados, nos hablaba de cómo los pueblos pretenden fortalecer su identidad en base a heroicas historias de suicidio colectivo: la de nuestra «Numancia» celtibérica, la de «Masada» hebrea, y entre otras más la barcelonesa del 11 de septiembre de 1714. Se pregunta el autor por el valor y la ética de tales historias, en gran medida mitificadas. Pero la de los catalanes del 11 de septiembre tiene su peculiaridad. Combatieron con centenares de aragoneses, valencianos, mallorquines y castellanos en defensa de la causa austracista frente a la borbónica, y además, como bien nos lo recuerda Salvador Sanpere en su obra *El fin de la Nación catalana*, en buena parte pergeñada en base a las *Narraciones históricas* de Francisco Castellví, coetáneas de los hechos narrados, al día siguiente del numantino 11 de septiembre los ciudadanos barceloneses se pusieron al tajo, cada uno a su negocio y a su taller, puesto que era cuestión de sobrevivir, de tal manera que nadie hubiese dicho, terminada la tragedia, que la ciudad había vivido aquel asedio heroico y sobrecogedor. De ahí que la visceralidad catalana disponga de *tempus*. Terminado su berrinche, los catalanes saben discernir y acogerse a lo que más les conviene. Esperemos que algún día comprendan lo que puede llegar a costarles, a ellos además de a nosotros, cada uno de sus cabreos colectivos.

La segunda cuestión es la del despilfarro. Este país que es España ha vivido durante estas últimas décadas bailando al son del más aberrante despilfarro. Sólo puedo imaginar algo parecido con lo del oro de las Indias allá por el XVII, que permitió que Europa, su destinataria final, se enriqueciese vendiéndonos su trabajo manufacturero, mientras España, receptora de éste, vegetaba tranquila, siempre a la espera de los galeones de América. Cuando estos dejaron de llegar, a finales

del XVIII, pasó lo de ahora: de golpe, todos pobres y necesitados. Está claro. Hoy ya no disponemos de los fondos europeos y además la especulación del ladrillo pasó a la historia. A los mallorquines de nada nos ha servido el recuerdo de pasadas debacles, como la del hundimiento del comercio con las Antillas en el XIX, o hace cinco décadas, el pánico ante esporádicas caídas del turismo, que vaticinaba suicidios colectivos. Jamás escarmentamos. Gabriel Cañellas, personaje que me guardaré de mitificar, ha sido el único político de las islas metido en austeridad. De ahí que como presidente del Govern su deuda autonómica fuese la más baja del Estado, y que huyese de historias como la de montar televisiones con cargo a su administración.

Hoy el despilfarro público presenta caracteres esperpénticos y es desde luego de juzgado de guardia. Gastar fuera de

«Hora es ya del rigor, antes de que el barco se hunda y nos ahogemos todos, catalanes incluidos»

presupuesto o en cosas distintas de lo asignado puede ser un delito y tiene un nombre: malversación de caudales públicos. Al mismo tiempo, ir montando teatritos sin medir lo que cuestan, regalando ensaimadas y banderas, y dando subvenciones, o sea disponiendo del dinero de todos para que la clientela se divierta, es otra perversión que debería ser punible. Que los viejos pretendamos divertirnos en clubes de entretenimiento, me parece estupendo, pero ¿por qué pagar nuestro ocio con los impuestos de todos, y en momentos de escasez, cuando el dinero falta incluso para medicamentos? No tiene más explicación que la de satisfacer al presumible votante. Hora es ya de rigor, antes de que el barco se hunda y nos ahogemos todos, viejos a entretener con diversión subvencionada, políticos despilfarradores y catalanes con sus hinchadas narices.



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS  
BENNÁSAR

## Diez años y un día

DIEZ años y un día podría ser el tiempo de una condena en alguna película americana donde los abogados y fiscales, con la venia del Juez y bajo la mirada curiosa –o aturrida– de los jurados, intercambian dosis de libertad o cautiverio por información, dinero o cualquier otro valor al alza. Ya me gustaría saber cómo se tratan, si se tratan, estos asuntos en los tristes y abarrotados juzgados de Palma.

Diez años y un día son, obviando la aberrante Diada de ayer y a la espera de la de hoy, el tiempo transcurrido entre la masacre de las Torres Gemelas de Manhattan –la Zona Cero de una forma de vida que, entre llamas y alaridos, inició su extinción– y el impreciso instante en que escribo estas líneas sin saber si lo que sobrevive o se retuerce, en ellas, son mis propios recuerdos o los de algún delirio colectivo.

Hace diez años y un día yo estaba cómodamente sentado ante un televisor en un lugar remoto, pero hospitalario, de la provincia de Barcelona. Allí, y en vivo y en directo, Matías Prats empezó a narrarme las primeras secuencias de un horror que parecía de verdad, sí, pero que, de hecho, no podía serlo. Nada de lo que vemos en la pantalla suele serlo. Por ello, quité la voz, casi al instante, y me quedé a solas, con el alud de cadáveres lloviendo de los cielos y con ese olor repugnante a Realidad, que ni en la peor de las pesadillas nos habría sido dado percibir, imaginar ni, por supuesto, soportar. Allí donde ya no existe el lenguaje, tampoco existimos nosotros.

EL MUNDO  
EL DIA DE BALEARES

El Mundo del suscriptor (C)

## Torneo de Pádel

Del 17 al 25 de septiembre

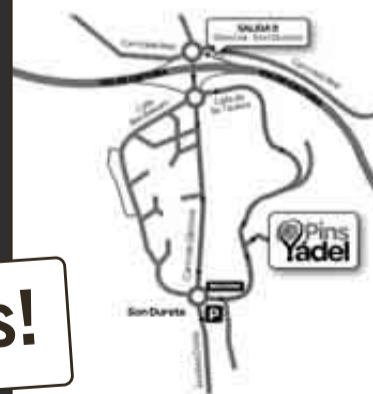
¡20% descuento para suscriptores!

### Categorías

Masculino 1º., 2º., 3º. y 4º.  
Femenino 1º., 2º., 3º. y 4º.  
Mixto 2º., 3º. y 4º.

Infantiles hasta 12 años  
Infantiles hasta 14 años  
Veteranos (mayores 38 años)

Pins  
Yádel



PREMIOS

Premio en metálico para 1ª Masculina  
Palas e indumentaria deportiva  
Camisetas para todos los participantes

CIERRE DE INSCRIPCIÓN

jueves 15 de septiembre a las 18:00 h  
20€ por persona

Pins Pádel

Tel: 971 450 574 • C/ Luis Ferbal 7-8  
info@pinspadel.com • Facebook/Pins Pádel